

VOCES DE OTROS MUNDOS

MIGUEL MENA

El licenciado Angelotti debutó en la radio un 31 de octubre, víspera de Todos los Santos, con un programa en directo desde el cementerio de Trasmoz. Lo recuerdo muy bien. En mi larga experiencia como técnico de sonido jamás me había enfrentado a nada igual: trabajar rodeado de tumbas, en la primera emisión parapsicológica de nuestra emisora, un experimento en el que se habían puesto grandes esperanzas de cara a la audiencia.

El estreno se anunció con muchos días de antelación, haciendo un llamamiento a los seguidores del esoterismo para que arrojaran al presentador y sus invitados. En aquel primer programa estuvieron presentes muchos de los que después se convertirían en fijos, un pequeño grupo de fanáticos que seguía al profesor allá donde se desplazara. Recuerdo a Ramos, experto en ufología, Nuria Alariz, propietaria de una librería cabalística, un tal Labastida que lo sabía todo sobre el tarot, las hermanas Amelia y Elisa, adictas a la güija, que mantenían largas conversaciones con su madre muerta, Gómez Prados, un creyente en la reencarnación que buscaba pistas sobre sus vidas anteriores, y otros muchos adictos a los espectros, firmes creyentes en hadas, duendes y ángeles de azúcar, pero también en fantasmas vengativos, zombis con las vísceras al aire y demonios de azufre y fuego. Todos ellos formaban nuestro club de fans¹.

El primer día estuvo lleno de emociones fuertes. Angelotti cuidó cada detalle y logró que la emisora apostara por los efectos especiales. En el cielo había luna llena; las almenas del castillo vecino se llenaron de antorchas y a nuestro alrededor esparcimos un humo artificial que envolvía el camposanto en una ligera bruma y remarcaba las lápidas entre tinieblas. Aquella sesión se consagró a la magia negra, con un recuerdo especial para las brujas de la zona. Se habló de aquelarres, de hombres convertidos en bestias y de mujeres quemadas sobre haces de leña verde. Hubo varios desmayos entre los oyentes que participaban en directo, aunque ninguno como el de Nuria, la librera, que tembló como si todo su cuerpo sufriera párkinson y sufrió tales espasmos que parecía a punto de levitar.

Después del éxito de aquella noche, el licenciado Angelotti se esforzó por mantener alto el listón y, al menos una vez al mes, salir fuera de los estudios y realizar el programa en un decorado propicio para los contactos con la cuarta dimensión. Estuvimos en el monte de San Caprasio porque lo consideraba un enclave perfecto para el aterrizaje de ovnis; la cueva de Molinos sirvió para tantear a los seres que habitan en el centro de la tierra; el monasterio de San Juan de la Peña se utilizó para invocar a los alquimistas medievales y a los monjes que poseían secretos sobre la vida eterna; también emitimos desde un balneario abandonado, un an-

1.- El texto enumera irónicamente una serie de tópicos del esoterismo, como los ovnis (ufología), la cábala –interpretación de los misterios bíblicos– o la güija –juego de mesa relacionado con el espiritismo. Más adelante hablará de la magia negra –convocatoria de los espíritus para provocar daño a los demás–.

tiguo sanatorio de tuberculosos o una estación de tren clausurada veinte años atrás, y varios sitios así, fantasmales, oscuros, a veces llenos de telarañas y siempre sobrecogedores². En todos los lugares ocurría algo sorprendente que yo vi con mis propios ojos: muebles desplazándose sobre la tarima, luces que parpadeaban, voces emergiendo de rincones insospechados, una cascada de sorpresas a las que me acostumbé pronto, quizá ayudado porque le cogí gusto al dinero extra que sacaba con aquellos sobresaltos. Por eso no me causó ninguna emoción especial el anuncio de que realizaríamos un programa en las ruinas de Belchite, un pueblo arrasado durante la guerra civil. Esta vez era para participar en una sesión de psicofonías. Angelotti quería rescatar sonidos del pasado como había hecho en otras ocasiones con resultados espectaculares. Poseía testimonios estremecedores: los gemidos de una de las víctimas del estrangulador John Christie, recogidos en su visita a Rillington Place; el diálogo desesperado y romántico del zar Nicolás II y su esposa poco antes del tiro de gracia, logrado por Angelotti en uno de su viajes a Rusia; o el chirrido de los frenos del automóvil que estranguló a Isadora Duncan, captado durante unas vacaciones en la Costa Azul³. En Belchite nos prometió otra cosa: allí grabaríamos el sonido de las ametralladoras, las detonaciones de los obuses, también los aviones volando bajo para lanzar sus bombas, y los gritos de los heridos, el pánico de los que huían, las voces desgarradas, pidiendo clemencia, de quienes se hallaban en el paredón a punto de ser ejecutados, en fin, un documento único de la historia trágica de Belchite.

Esta vez tuve que preparar un operativo especial. Angelotti quería muchos micrófonos; los mejores, los más sensibles, los que: fueran capaces de registrar hasta el mínimo suspiro de aquel torrente de emociones. Nos situamos en medio de las ruinas, entre los escombros de varias casas arrasadas por la contienda, y allí, en un espacio enmarcado por grandes cirios y banderolas negras, varios expertos hablaron de experiencias similares mientras dejábamos que las cintas registraran los sonidos del más allá. Por fin, al acercarse el momento de finalizar el programa, el profesor anunció que procederíamos a escuchar algún testimonio. Retiré el material ultrasensible, rebobiné el magnetófono principal y todo el mundo contuvo la respiración cuando apreté el botón para escuchar qué se había grabado; qué estremecedor testimonio de la historia de Belchite había registrado nuestra psicofonía. Y entonces, con los corazones preparados para el infarto, escuchamos el sonido de unos ruidos extraños, algo así como ronquidos de niño, ronquiditos tenues y a la vez algo acelerados, un pequeño barullo, algo indefinido y confuso, hasta que sobre ese fondo se entendió una voz de hombre que gritaba:

—¡María! ¡Anda y baja la comida a los cerdos!

Después de la piara paranormal, lo único desgarrador fue el silencio.

2.- Los lugares nombrados por el autor son conocidos espacios aragoneses, uno por provincia: San Caprasio en la de Zaragoza, San Juan de la Peña en la de Huesca y Molinos en la de Teruel. Belchite (Zaragoza) es otro de esos lugares emblemáticos; allí se desarrolló en el verano de 1937 una de las batallas más cruentas de la guerra civil española. Al principio del texto se había nombrado Trasmoz, pueblo también zaragozano próximo al Moncayo, famoso por sus leyendas de brujería.

3.- John Christie es un asesino en serie inglés de los años cincuenta; el zar Nicolás II y su familia fueron ejecutados durante la Revolución Rusa, en julio de 1918; la bailarina californiana Isadora Duncan murió en Niza en un extraño accidente de automóvil en septiembre de 1927.